

Mármara sostenían espacioso techo de faldones ondulados; bases, capiteles, muros, techos, puertas, arcos, todo estaba cincelado, esculpido, pintado, dorado, ligerísimo y esbelto como pabellon de seda salpicado de perlas y sombreado por grupo de inmensos plátanos.

En el otro lado estaban los archiveros, la sala donde se custodiaban los trajes de honor, los almacenes de los campamentos, la casa del grande eunuco negro y la cocina de la corte. Allí estaba el gran Intendente, más atareado que el propio Ministro de la Cúpula, que tenía á sus órdenes cincuenta subintendentes, á los cuales obedecía un ejército de cocineros y reposteros, ayudados en las grandes ocasiones por artistas hechos venir de todos lados del Imperio. Allí se hacía el almuerzo de los visires el día que les tocaba de Divan; allí se preparaban, con ocasion de la circuncision ó de las nupcias de los príncipes, los famosos *jardines* de pasta-flora, las cigüeñas, las girafas y los camellos de azúcar, los carneros asados que contenían dentro bandadas de pájaros. Todo esto era llevado con gran pompa á la plaza del Hipodromo; allí se repartían los infinitos géneros de dulces que iban á deleitar las innumerables bocas golosas del haren.

Junto á la cocina hormigueaban los ochocientos operarios encargados de levantar la tienda del Sultan y del haren en los jardines del Serrallo, ó

sobre la colina del Bósforo; y cuando no bastaban las tiendas de los vastísimos almacenes, se formaban pabellones con las velas de la flota y con cipreses enteros arrancados en los bosquecillos de las quintas imperiales.

La casa del grande eunuco, que estaba próxima, era pequeño palacio, entre el cual y el tercer patio, iba y venía interminable procesion continua de eunucos negros, de esclavos y de siervos.

A este patio llegaban los Embajadores antes de presentarse al Sultan. Entonces todo estaba colgado de paños bermejos; los muros relucían, el suelo estaba brillante como el piso de una sala. Doscientos genízaros, *spahí* y *silihdar*, que formaban la guardia del Divan, vestidos y armados como príncipes, descansaban á la sombra de los cipreses y los plátanos, y grupos de eunucos blancos y negros, lindos y perfumados, hacían centinela á las puertas.

Todo en este segundo patio anunciaba la proximidad al Gran Señor; las voces sonaban más quedas, los movimientos eran más mesurados; no se sentían las pisadas de los caballos ni el rumor de los trabajadores; los siervos y los soldados pasaban como sombras, y una especie de quietud de santuario reinaba en todo el recinto, no turbada sino por el estrépito fugaz de los pájaros que huían de los árboles, ó por el rumor sonoro de las puertas de hierro que cerraban los *capigí*.

De todos los edificios del patio, no visité sino la sala del Divan, la cual se conserva casi intacta, como cuando se celebraba el Consejo Supremo del Estado. Era una grande habitacion abovedada, rodeada en su parte alta por ventanas morunas y revestida de mármoles ornados con arabescos de oro, sin otros muebles que el divan en que se sentaban los miembros del Consejo. Sobre el sitio destinado al Gran Visir, existe todavía la ventana cerrada por celosía de madera dorada, desde la cual es fama que á contar de Soliman el Grande, todos los Sultanes asistían, ó se creía que asistían sin ser vistos, á la sesion; un corredor secreto conducía desde aquel punto ignorado á los departamentos imperiales del tercer patio.

En esta sala se reunía cinco veces por semana el Gran Consejo de Ministros, presidido por el Gran Visir. El aparato era solemne. El Gran Visir tomaba asiento frente á la puerta de entrada; junto á él, el Visir de la Cúpula, el Capudan-Bajá, Grande Almirante; los dos grandes jueces de Anatolia y de Rumelia, representantes de la magistratura de las grandes provincias de Asia y de Europa; á un lado el Tesorero del Imperio; al otro el *niscianchi* que ponía el sello del Sultan en los decretos. Despues, á derecha é izquierda,

dos grupos de ulemas y de chambelanes; en los ángulos, *sciará*, ordenanzas y ejecutores de suplicios, avezados á comprender cualquier seña y cualquier mirada.

Era un espectáculo ante el cual, el más valiente temblaba y el más inocente interrogaba tímidamente á su propia conciencia. Toda aquella gente estaba allí con el rostro impassible, con los brazos cruzados, con las manos ocultas. Una luz vaga que descendía de la bóveda, teñía de color de oro pálido los turbantes blancos, las caras graves, las luengas barbas inmóviles, las ricas vestiduras, los mangos cincelados de los puñales.

A primera vista el Consejo presentaba la apariencia muerta de un grande grupo de estatuas vestidas y pintadas. La alfombra apagaba el rumor de los pasos de los que éntaban y salían, el aire estaba saturado de perfumes, las marmóreas paredes reflejaban el verde de los árboles del jardín; el canto de los pájaros en los momentos de silencio resonaba bajo la bóveda cargada de oro: todo era dulce y gracioso en aquel tribunal tremendo. Las voces resonaban tranquilas y monótonas como el murmullo de un arroyo, sin que la acusacion ó la defensa que se pronunciaba se supiera de qué boca había salido. Cien grandes ojos escrutaban lo que pudiera esconder el semblante de uno solo.

Las miradas eran estudiadas, las palabras pen-

sadas, los pensamientos adivinados al más leve movimiento de las facciones. La sentencia de muerte surgía con una palabra, despues de largos diálogos, acogidos con el más tranquilo silencio; á veces surgía impensadamente una protesta de la víctima, encerrada en una palabra tremenda arrancada al alma en supremo instante; entonces, á una señal, la cimitarra caía sobre el cuello de la víctima y la sangre salpicaba las alfombras y los mármoles: agá de spahí y de genízaros caían acribillados á puñaladas; gobernadores y caimacanes, eran estrangulados por el lazo al cuello, saltándoles los ojos de las órbitas. Un minuto despues, los cadáveres aparecían á la sombra de los plátanos, cubiertos con paños verdes; la sangre era lavada, el aire perfumado, el verdugo al puesto y el Consejo reanudaba su interrumpida sesion con los rostros impasibles, con las manos escondidas, con la voz pesada y monótona bajo la vagaluz de las ventanas, que teñía de color de oro pálido los grandes turbantes y las luengas barbas.

¡Y qué estremecimientos los de aquellos fieros jueces cuando Murad IV ó el segundo Selim, descontentos del Divan, hacían temblar con puño de hierro la celosía dorada de la imperial tribunal!

Entonces, despues de largo silencio y consultarse con los ojos, y la vista fija, reanudábase la sesion con los rostros impasibles y las voces solemnes, pero las manos crispadas y heladas tem-

blaban largo rato ocultas en las mangas y las almas se encomendaban devotamente á Dios.

En el fondo de este segundo patio, que era en cierto modo el recinto diplomático del Serrallo, se abría la tercera gran puerta, flanqueada por columnas de mármol y cubierta por un gran techo, frente á la cual estaba de guardia noche y dia un destacamento de eunucos blancos y un peloton de *capigís*, armados con sables y puñales.

Era esta la famosa *Bab-Seadet* ó Puerta de la Felicidad, que conducía al tercer recinto; la puerta sagrada que permaneció cerrada por espacio de cuatro siglos á todos los cristianos que no se presentasen en nombre de un rey ó de un pueblo; la puerta misteriosa, á la cual llamó en vano la curiosidad suplicante de mil viajeros poderosos é ilustres; la puerta por la que salieron y se esparcieron por el mundo tanta gentil mentira y tantas leyendas de dolores, tantos fantasmas de bellezas y de placeres, tantas revelaciones vagas de secretos, de amores y de sangre, y un áura infinita de poesía voluptuosa y terrible; la puerta solemne del santuario del Rey de los Reyes, que el pueblo nombraba con sentimiento secreto de pavor como la puerta de hechizado recinto, entrando por la cual una criatura profana debía

quedar petrificada ó ver cosas que el lenguaje humano no podía describir; la puerta ante la que aun ahora, el viajero de imaginacion más tranquila se detiene titubeando y mira con cierto estupor la sombra de su sombrero de copa alta que se alarga en las hojas cerradas.

Y sin embargo, tambien ante allí llegó el grito mugidor de la rebelion soldadesca. Puede decirse que aquel ángulo del gran patio comprendido entre la sala del Divan y la puerta Seadet, es el punto del Serrallo donde los rebeldes cometieron los actos más temerarios y sanguinarios.

El Gran Señor gobernaba con la espada y la espada dictaba las leyes. El despotismo que defendía el acceso al Gran Serrallo, era el mismo que violaba los lugares más secretos. ¡Entonces se veía sobre qué frágil pedestal estaba colocado el amenazador coloso!

Hordas armadas de genízaros y de *spahís* rompían á fuerza de golpes las puertas de los dos primeros recintos, é invadían el tercero, agitando en la punta de una pica la súplica que demandaba la cabeza del Visir, y sus gritos de muerte resonaban dentro de los muros inviolables, en el recinto de los Soberanos, donde todo era confusion y espanto. En vano desde lo alto de las murallas

se arrojaban sacos de monedas de oro y plata; en vano los muftís, los ulemas, los sceines y los grandes de la corte, razonaban, rogaban, tentaban dulcemente aplacar el brazo convulso de la ira; en vano la Sultana favorita, pálida, mostraba tras la celosía al pequeño hijo inocente. El monstruo de las mil cabezas, desencadenado y ciego, quería su presa, la víctima viva, la carne para destrozarse, la sangre para verter, la cabeza para colocarla sobre la pica. Los Sultanes se asomaban por las almenas, se arriesgaban hasta las barricadas de la puerta en medio de los eunucos y los pajes trémulos, armados de inútiles puñales. Disputábanse las cabezas una á una, prometían, cedían, pedían gracia en nombre de su madre, de sus propios hijos, del Profeta, de la gloria del Imperio, de la paz del mundo. Una confusion de amenazas é insultos y un agitar vertiginoso de puñales y cimitarras, respondía á sus imponentes gritos.

Y entonces por la Puerta de la Felicidad salían uno á uno, temblando, y caían en medio de las fieras sedientas de sangre, los tesoreros, visires, eunucos, favoritas y generales, y uno tras otro caían acribillados por mil heridas y pisoteados por mil piés. Así Murad III arrojaba á Mehemed, su halconero favorito, que era destrozado ante sus ojos; así Mahomet III arrojaba á Kislaragá Otman y al jefe de los eunucos blancos,

Jaznéfer, y se veía obligado á saludar á la soldadesca ante los dos cadáveres ensangrentados; así Murad IV arrojaba sollozando al gran visir Hafiz, al cual diez y siete puñales destrozaban el pecho y el cuello; así Selim III lanzaba las cabezas de los miembros del Divan, y mientras el Sultan volvía gimiendo á su estancia, traspasado el pecho de dolor y de vergüenza, mil grupos de rebeldes corrían por las calles de Stambul paseando en triunfo los cadáveres en medio de la embriagada multitud.

La Puerta de la Felicidad formaba, como la Bab-el-Selam, una larga galería que comunicaba directamente con el secreto recinto que encerraba al *hermano del Sol*.

Para dar una idea viva del lugar, era preciso que mi palabra fuera acompañada de extraña música, llena de sorpresas y de caprichos. Era una pequeña ciudad fantástica, un gracioso desorden de arquitectura misteriosa y original, surgiendo de un bosque de cipreses y de plátanos desmesurados, que extendían sus ramas sobre la cabeza y cubrían con su sombra inescrutable labe-

rinto de jardines llenos de rosas y de verberna, de plazoletas circundadas de pórticos, de parques rodeados de kioscos y de pabellones chinoscos, de lagos rodeados de mirtos que reflejaban pequeñas mezquitas blanquísimas y cúpulas argentinas de edificios de forma de templetes, agrupados en larga galería cubierta, sostenida por ligeras columnas, y techos de madera pintados y esculpidos que se levantaban sobre pórticos cubiertos de arabescos y sobre escaleras externas que conducían á las azoteas cerradas por graciosas barandas; y por todas partes las perspectivas oscuras, en medio de las cuales blanqueaban las fuentes de mármol y aparecían tras la frondosidad, arcos y columnatas de otros kioscos; y por todos lados, entre el verde de los pinos y de los sicomoros, vistas lejanas é inmensas del mar de Mármara, de las dos riberas del Bósforo, del puerto y de Stambul.

¡Y sobre este paraíso, aquel cielo!

Era bella y pequeña ciudad sepultada en enorme montón de verdura, construida poco á poco, sin plan preconcebido, según los deseos ó los caprichos del momento; pomposa y frágil como de aparato teatral, toda secretos y escondrijos pueriles; que lo veía todo y era invisible; que rebo-saba de gente y permanecía solitaria, como si reinase todavía el espíritu pastoral y contemplativo de los antiguos príncipes otomanos; cam-

pamento de piedra que aún recordaba tras su fausto, algo de las tribus primitivas y errantes de la Tartaria; gran palacio desparramado, compuesto de cien pequeños palacios levantados, uno junto al otro, del cual emanaba al propio tiempo la humedad de las cárceles, la austeridad de los templos y la alegría del campo; espectáculo lleno de ostentación augusta y de ingenuidad bárbara, ante el cual el recién llegado se preguntaba en qué siglo vivía y á qué mundo había sido conducido.

Esto era el corazón del Serrallo, del cual partían todas las venas de la monarquía y al cual llegaban todas las arterias del Imperio.

El primer edificio que se encontraba al entrar era el de la sala del trono, que todavía existe y puede visitarse. Consiste en pequeño cuerpo cuadrado, á cuyo alrededor corre bello pórtico de mármol, y dá acceso á él, alta y riquísima puerta abierta entre dos pintorescas fuentes. La sala está cubierta por amplia bóveda decorada con dorados arabescos, las paredes revestidas de mármol con

incrustaciones de porcelana combinadas en figuras simétricas; en el centro surge una fuente de mármol. La luz penetra por las altas ventanas, á través de cristales de colores, y en el fondo existe el trono de forma de gran lecho, cubierto por un pabellon bordado de perlas, que se apoya en cuatro altas y sólidas columnas doradas, ornadas de arabescos y de piedras preciosas, y coronado por cuatro bolas de oro con cuatro medias lunas, de las cuales cuelgan las colas de caballo, emblema de la pujanza militar de los Sultanes.

Allí recibía solemnemente el Gran Señor, en presencia de toda la corte; allí iban á arrodillarse á sus piés sus hermanos y sus sobrinos, que eran asesinados para asegurar su reino de conspiraciones y traiciones. Apenas entré, recordé involuntariamente á los diez y nueve hermanos de Mahomet III, que habían recibido su sentencia de muerte en el fondo de sus prisiones al estampido del cañon que anunciaba al Asia y á Europa la muerte de su padre. Los mudos de Serrallo amontonaron aquellos cadáveres ante el trono. Los había de todas las edades, desde la infancia á la edad madura, unos encima de otros, con los ojos fuera de las órbitas, con la huella de la mano homicida sobre la cara ó el cuello; la pequeña cabeza blanca de los niños apoyada sobre el robusto pecho de los adolescentes; las cabezas canosas y ve-

nerables aplastadas contra el pavimento á los piés de los hermanos de diez años; restos de los trajes de los prisioneros esparcidos sobre los rígidos miembros y los rostros deformes. Gotas de sangre salpicaban los arabescos de oro y las pintadas porcelanas, que contemplaron la cólera formidable de Selim II, de Murad IV, de Ahmed I y de Ibrahim, mudos espectadores de la más desesperada agonía.

¡Qué contraccion de los músculos de los visires bajo el pié del verdugo que destrozara su cráneo contra el mármol de la fuente! ¡Qué horribles gestos los de las cabezas de los gobernadores traídos de la Siria ó del Egipto, colgadas de la montura de un *agá*! El que allí penetraba con la conciencia mal segura, volvíase hácia la puerta para dar el último adios al claro cielo y á las risueñas colinas del Asia; el que conseguía salir salvo, miraba al sol con la misma ternura que el enfermo vuelto á la vida.

No es el pabellon del trono el único que puede visitarse. Saliendo de él, se pasa por varios jardines y patios, circundados por pequeños edificios y arcos moriscos sostenidos por columnatas de mármol.

Allí estaban los pajes reunidos en un co-

legio, en el que eran instruidos para ocupar poco despues los altos cargos del Imperio y de la corte, y tenían habitaciones suntuosas para su recreo y criados y maestros escogidos entre los hombres más doctos del Estado. En medio de estos edificios se alzaba una fila de graciosos kioscos sarracenos con peristilos abiertos, en los cuales estaba instalada la biblioteca, admirable, principalmente, por su gran puerta de bronce ornada de relieves de jaspe y de lápiz-lázuli, y cubierta con cincelados prodigiosos de arabesco, de estrellas, de hojas, de figuras de todas formas, delicadísimas é intrincadas, que no parecían obra humana. A poco espacio de la biblioteca, se alzaba el pabellon del tesoro imperial, todo revestido de porcelana, donde estaban encerradas riquezas inmensas, compuestas en gran parte de armas conquistadas y regaladas al Sultan, ó dejadas como recuerdo en el testamento de los Sultanes muertos. Mahmud II, que era excelente calígrafo, dejó su tintero de oro salpicado de diamantes. Una buena parte de este tesoro pasó, cambiado en oro, á las cajas del Erario.

Pero en los buenos tiempos de la monarquía, el pabellon estaba centelleante con profusion de cimitarras damasquinas, cuyas empuñaduras parecían nudos de perlas y piedras preciosas; con pistolas enormes, adornadas de doscientos diamantes en las culatas; con puñales que valían la

renta anual de una provincia asiática; con mazas de plata maciza y acero, formada la cabeza de un solo trozo de cristal tallado, junto á los penachos y joyas de Murad y de Mahomet, á las tazas de ágata, en las que se había escanciado el vino de Hungría en los banquetes imperiales, á las copas labradas en una sola turquesa, que pertenecieran á los reyes persas y de Timur, á los collares ornados de diamantes del tamaño de nueces de la Caramania, á los cinturones cuajados de perlas, á las monturas cubiertas de oro, á los tapices resplandecientes de piedras preciosas: por cuyos múltiples reflejos la sala parecía ardiente y ofuscaba á un mismo tiempo la razón y la vista.

Más allá del pabellon del tesoro, se percibe aún, en medio de solitario jardín, aquella famosa *jáula de los pájaros*, en la que desde Mahomet IV en adelante se encerraba á los Príncipes de la sangre que hacían sombra al Sultán, y en aquel sepulcro de vivos esperaban que la gritería de los genizaros les llamasen al trono, ó que viniera el verdugo á despedazarlos. Es un edificio de la forma de templete, de gruesas murallas, sin ventanas, que recibe la luz desde lo alto y está cerrado por pequeña puerta de hierro, contra la cual se apoyaba fuerte barrote.

Allí fué encerrado Abdul-Azís durante los pocos días que trasecurrieron desde su caída del trono hasta su muerte. Allí dió fin la horrible

y miserable vida del Calígula de los otomanos. Ibraim y su imágen es la primera que del fondo de aquella necrópolis de vivos, surge ante la vista del visitante extranjero. Los *agás* militares le habían arrojado del trono y encerrado, como un miserable, en la prision. Allí permaneció encerrado con dos de sus odaliscas predilectas. Tras el ímpetu primero de la desesperacion, se había resignado.—Esto—decía—estaba escrito en mi frente; era la órden de Dios.

De todo su Imperio y del inménso haren en el que había gozado por espacio de nueve años, no le quedaba sino una cárcel, dos esclavas y el Corán. Pero creíase seguro de la vida y vivía tranquilamente, animado aún por un rayo de esperanza: sus partidarios de las tabernas y de los garitos de Stambul, pensaban en sério cambiar su suerte. Pero él había olvidado la sentencia del Corán: «Si hay dos Califas, matad uno.» Y el muftí, interrogado por *agás* y visires, se había acordado del precepto. Su último día le aguardaba sobre una estera en un ángulo de su tumba; leía el Corán á sus dos esclavas, de pié ante él con los brazos cruzados sobre el pecho. Estaba vestido con traje negro, ceñido por una faja, y con un gorro de lana encarnada. Un rayo de luz pálida, que descendía de la bóveda, iluminaba su rostro, descompuesto y cadavérico, pero sereno. De pronto, escuchó extraño rumor y se puso

de pié; la puerta permanecía abierta, y un grupo de figuras siniestras ocupaba el dintel. Comprendió; alzó los ojos á una tribuna con celosía que se abría en lo alto de la pared, y á través de ella distinguió el rostro impasible del muftí, de los agás y del visir, en cuyos ojos parecía escrita su sentencia. El terror se apoderó de él, y una ola de palabras suplicantes salió de sus lábios:

—¡Piedad de mí! ¡Piedad del Sultan! ¡Hacedme gracia de la vida! ¡Si hay alguno entre vosotros que haya comido mi pan, que me socorra en nombre de Dios! ¡Tú, muftí Abdul-rahim, suspende lo que está por hacer! ¡Todos los hombres están ciegos é insensatos? Ahora te lo digo: Jusuff-Bajá me había aconsejado hacerte morir como traidor, y yo no quise ¡y tú ahora quieres mi muerte! ¡Leed el Coran como yo; leed la palabra de Dios que condena la ingratitude y la injusticia! ¡Déjame la vida, Abdul-rahim; la vida, solo la vida!

El verdugo, temblando, alzó los ojos á la tribuna; pero una voz seca que salió de entre aquellos rostros, inmóviles como estatuas, repuso:

—¡Kara-álí, ejecuta!— El verdugo puso su mano sobre la espalda de Ibrahim. Este lanzó un grito y se refugió corriendo en un ángulo, entre las dos esclavas. Entonces Kara-álí y sus ayudantes le cercaron, tiraron por el suelo á las dos mujeres, y se precipitaron sobre su víctima. Oyéronse maldiciones y blasfemias; el rumor de un cuer-

po que se descoyunta; un agudo grito que terminó en sordo ronquido, y despues profundo silencio.

Un ligero cordon de seda arrojó en la eternidad al décim onono Gran Señor de la dinastía de los osmanlí.

Otros edificios, además de los descritos, que pertenecen al haren, estaban esparcidos aquí y allá en medio á los jardines y á los bosquecillos.

Allí estaba el baño de Selim II, que comprendía treinta y dos vastísimas salas decoradas con mármoles, oro y pinturas; allí estaban los kioscos octógonos ó redondos cubiertos por cúpulas y techos de todas las formas, que cubrían salas revestidas de nácar, y decoradas con inscripciones árabes, de cuyas ventanas pendían jaulas de ruiseñores y papagayos, y á través de cuyos vidrios de colores penetraba dulcísima claridad azul ó rosada; kioscos á los que iba el Gran Bajá á escuchar la lectura de *Las mil y una noches* por los ancianos dervises; otros, en los que se daba solemnemente la primera leccion de lectura á los príncipes; kioscos más reducidos para la meditacion; pabelloncitos para citas nocturnas; nidos y prisiones esbeltas levantadas y adornadas por un capricho, que gozaban la vista de Scutari, bronceada por el sol poniente, y por la luna que se ele-

vaba y las caricias perpétuas de las brisas del Bósforo, llenos de fragancia, que hacían temblar la media luna de oro sobre el extremo de su lanza sutil. Y por fin, en la parte más escondida del haren, el templete de las reliquias, ó *cámara de la noble vestidura*, imitación de la sala áurea de los emperadores bizantinos, cerrada por magnífica plateada puerta; en ella se conservaba la capa del Profeta, descubierta solemnemente una vez al año, en presencia de toda la córte; su baston, el arco encerrado en vaina de plata; la reliquia de la Kaaba y el venerado y tremendo estandarte de la guerra santa, cubierto por cuarenta envolturas de seda, que hubiera dejado muerto, como de un rayo, al infiel que en él hubiera fijado su vista.

Todo lo más sagrado de la raza; lo más precioso del Imperio; de más distinguido y secreto en la dinastía, estaba recogido en aquel recinto oscuro y secreto, en aquella pequeña ciudad oculta, hácia la cual parecía que convergían de todas partes á la metrópoli inmensa, como innumerable muchedumbre que quisiera postrarse y adorarla.

Y en un ángulo de este tercer recinto, á la izquierda del que entraba, á la sombra de los árbo-

les más espesos, entre el murmullo de las fuentes y el trinar de los pájaros, se levantaba el haren, que era una especie de barrio separado de la imperial residencia y se componía de infinidad de pequeños edificios blancos, cubiertos por cúpulas de plomo, sombreado por los naranjos y los pinos, separados por jardinillos rodeados de muros revestidos de yedra y madreselva, en medio de los cuales serpenteaban senderos sembrados de conchas pequeñas, formando graciosos mosaicos, que se perdían entre los rosales, ébanos y mirtos. Todo era diminuto, todo cerrado, dividido y subdividido; los balcones cubiertos, las ventanas con celosías, las galerías ocultas tras de cortinas de color rosa, los vidrios pintados, ferradas las puertas, los senderos sin salida; y en todas partes suave y dulce luz crepuscular, fresca de campiña, aire de misterio y de paz que incitaba á los sueños más hermosos.

Allí vivía, amaba, languidecía y servía, renovándose continuamente, la gran familia femenina del Serrallo. Era un vasto monasterio que tenía por religion el placer y por Dios el Sultan.

Allí estaban los departamentos imperiales. Allí residían las cuatro cadinas, amantes tituladas del Gran Señor; cada una de las cuales tenía su kiosco, su pequeña córte, sus altos funcionarios, su góndola forrada de raso, su carroza dorada, sus eunucos, sus esclavas y su *dinero de las*

pantufas, que era la renta de una provincia.

Allí habitaba la Sultana Madre con su innumerable cortejo de *ustá*, dividido en compañías de veinte ó treinta, cada una destinada á un servicio especial. Allí estaba toda la familia del Gran Bajá, tíos, hermanos, hijos, sobrinos, que formaban una corte dentro de la corte con los príncipes pequeños y adolescentes.

Allí se reunían las *gueduchá*, cuyos doce más bellos miembros servían cada una con un título y una misión especial á la persona del Sultan; cien *chiagüird* ó novicias que pasaban el aprendizaje para ocupar los puestos vacantes de las *ustá*, y un hormiguero de esclavas de todos países, de todos colores, de todas clases, escogidas entre mil, que llenaban aquel enorme *gineceo*, compartido como una colmena en celdas innumerables, de un álito de juventud poderosa, de un perfume cálido de voluptuosidad africana y asiática que subía á la cabeza de la divinidad y se repartía despues, transformado en pasiones formidables sobre toda la faz del Imperio.

¡Cuántos recuerdos conservan los árboles de aquel jardín y las blancas paredes de aquellos kioscos! ¡Cuánta bella muchacha del Cáucaso y del Archipiélago, de las montañas de la Albania

y la Etiopía, del desierto y del mar, musulmanas, nazarenas, idólatras, conquistadas por los bajás, compradas por los mercaderes, regaladas por los príncipes, robadas por los corsarios, pasaron como sombras bajo aquellas cupulillas argentinas! ¡Cuántas veces han presenciado estos muros las locuras cometidas, con la cabeza coronada de flores y la barba sembrada de piedras preciosas, á Ibrahim I, que hacía encarecer las esclavas en todos los mercados del Asia y duplicar el precio de los perfumes de la Arabia! ¡Cuántas asistieron á las fúrias de la sensualidad morbosa del tercer Murad, padre de cien hijos! ¡Cuántas vieron á Murad IV decrépito á los treinta y un años, entrar vacilante en los infames lugares testigos de las orgías y de los delirios del segundo Selim!

Por estos senderos pasaban durante la noche, ébrios de vino y de lujuria, aquellos feroces disolutos, cuyas madres, visires y bajás ofreciéndoles esclavas y más esclavas, no hacían sino exacerbar sus deseos; por allí corrían de kiosco en kiosco, buscando la voluptuosidad y no encontrando sino la convulsión nerviosa, hasta que la fantasía extraviada les arrojaba rabiosos fuera del alcázar, á buscar los restos de las bellezas famosas dentro de los melancólicos muros de Esqui-Seraï. Allí se celebraban aquellas extrañas fiestas nocturnas en que, sobre las cúpulas, sobre los techos y sobre los árboles se dibujaban con rasgos

de fuego las naves de la flota, y millares de vasos de flores iluminados por mil llamas reflejadas en innumerables espejos, presentaban la imagen de ardiente vasto jardín, en donde centenares de hermosas se agrupaban en torno del bazar, repleto de tesoros, y los eunucos llevaban jadeantes en sus brazos á las esclavas semi-desnudas, abandonadas al torbellino del baile desenfrenado, en medio del humo de mil pebeteros, que el viento del mar Negro esparcía por todo el Serrallo al propio tiempo que el rumor de una música bárbara y guerrera.

Resucitemos aquella vida en una bella mañana de Abril, bajo el reinado del Gran Soliman ó de Ahmed III.

El cielo está sereno; el aire saturado de fragancias primaverales; el jardín cubierto de flores.

Entre el laberinto de los senderos, todavía húmedos por el rocío, discurren reposando, eunucos negros, vestidos con túnicas doradas, y pasan las esclavas, con vestidos de abigarrados colores, conduciendo bandejas cubiertas con velos verdes, entre los kioscos y las cocinas.

Las *ustá* de la Sultana Validé se encuentran bajo los pequeños pórticos moriscos con las *gueduelá* del Sultan que pasan altaneras seguidas de

las esclavas novicias cargadas con la ropa blanca imperial.

Todas las miradas se dirigen á un punto: sale por una pequeña puerta y aparece en una escalerilla la más jóven de las doce *gueduelá* privilegiadas, la copera, una muchacha asiria bendecida por Alá, que gustó al Gran Señor, el cual le ha concedido el título de *hija de la felicidad* y le impondrá el traje de marta de la Siberia, apenas dé indicios de ser madre.

A lo lejos, á la sombra de los plátanos, juegan los bufones del Sultan, vestidos de arlequinescos trajes con los enanos cuya cabeza aparece cubierta por desproporcionados turbantes. Algo más allá, junto á los setos, un gigantesco eunuco, haciendo señas casi imperceptibles de manos y cabeza, ordena á cinco mudos ejecutores de suplicios que se reúnan á Kislár-Agá que les busca para un negocio secreto. Jóvenes de una belleza ambigua vestidos con coquetería femenil se persiguen corriendo entre los setos del jardín, sombreado por un enorme plátano. En otro lado, un escuadrón de esclavas se detiene de improviso y se divide en dos alas, inclinándose para dejar pasar á la *Kiaya*, gran gobernadora del haren, la cual devuelve el respetuoso saludo con un movimiento de su bastón, adornado con chapas de plata y que lleva á uno de sus extremos el sello imperial.

Al mismo tiempo, se abre la puerta de un